# FF 50 422

Buenas tardes, 19 de marzo y esto continúa siendo la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Comenzamos Revista de Filosofía. Revista de Filosofía es un programa de la Facultad de Filosofía de la UNED que coordinan Francisco José Martínez y Antonio García Sánchez Mases, profesores ambos de esta universidad.

Vamos a dedicar este programa, en más o menos mitad de marzo, al pensamiento político, a las perspectivas del pensamiento político a partir de un libro de Fernando Vallespín, El futuro de la política. Fernando Vallespín, que es catedrático de teoría política en la Autónoma de Madrid, plantea en este libro, además de otras muchas cosas, la globalización, la tendencia a la globalización, las economías interdependientes, la sociedad de la información. Vamos a tratar con Antonio García Sánchez Mases, uno de los coordinadores de este programa, que está hoy aquí con nosotros, y con Carlos Gómez, que es profesor de ética de la UNED y que nos acompaña también.

Vamos a tratar, decimos, sobre el estado actual de la política y el diagnóstico, para el futuro, por supuesto, que hace Vallespín en este libro, El futuro de la política. Antonio García Sánchez Mases, Carlos Gómez, bienvenidos. Buenas noches.

Como les prometimos el domingo pasado, estamos acompañados por Antonio García Sánchez Mases, profesor de filosofía política de la UNED, para comentar las perspectivas para el próximo siglo, que empieza el año que viene. Tiene el pensamiento político, y para ello vamos a presentar y basarnos en un muy reciente libro de Fernando Vallespín, que es catedrático de filosofía política en la Universidad Autónoma de Madrid. De teoría.

De teoría política. Pero por aquí ya decimos que se parecen las dos cosas. Ahora lo comentaremos.

En la Universidad Autónoma de Madrid, el libro se llama El futuro de la política y ha aparecido en la editorial Taurus. ¿Cuáles son los temas, para no plantearlos todos de golpe, ¿cuál es el primer tema por el que empieza Fernando Vallespín? Quizá antes de pensar las tendencias del futuro, convenga, y me parece que el libro empieza efectivamente por ahí, por un diagnóstico del presente. ¿Cuál es el diagnóstico que Fernando Vallespín hace y cómo lo ves tú? Bueno, él plantea sobre todo este tema de la globalización.

Entonces, ¿en qué medida hoy hemos entrado en una nueva era, lo que se ha llamado la era de la globalización, donde ya no se puede hablar de economías cerradas, sino que son economías interdependientes, interconectadas, y donde a la vez se han producido una serie de transformaciones en el campo de lo que se ha venido a llamar el paso de la sociedad postindustrial a la sociedad de la información? Entonces, todo un nuevo tipo de tecnologías, ¿cómo influye eso? Y, bueno, pues, fundamentalmente, como la reflexión que él trata de hacer es una reflexión vinculada a la política, pues yo creo que lo que él muestra es el

condicionamiento, la influencia de la globalización económica para lo que ha sido la entidad esencial de la política, los Estados, el Estado-Nación, y cómo a la vez, precisamente por esa enorme fuerza de la mundialización económica que tiene la uniformidad, sin embargo, se hace, se está produciendo un incremento, un florecimiento de la diversidad, la diversidad cultural, que en ocasiones se asocia a la rehabilitación, a la reconstrucción de tradiciones, en otras, a la recomposición de comunidades, en otras, a la, pues, de alguna forma, creación, porque también tiene algo de creación de elementos de tipo emocional vinculados a movimientos sociales, entonces, digamos, es globalización económica, Estado, y identidad no sólo de nación, sino en ocasiones de comunidad o de tribu. Sí, pero claro, ahí parece que el papel del Estado es el que ha quebrado un poco más, ¿no?, o parece que está en quiebra, porque claro, en una cierta tradición siempre se veía el Estado represor, el Estado como, bueno, pues, el que representaba intereses de una determinada clase, ahora, de una determinada clase social, me refiero, claro. Ahora parece que las cosas se pueden ver de manera distinta, porque mientras que antes era o podía ser visto como el Estado gendarme, el Estado policía, el Estado del que nos tendríamos que liberar, ahora casi habría que apelar al Estado, porque claro, la alternativa que planteas, que me parece que está muy bien vista, es tremenda, ¿no? Por un lado, los poderes económicos que atraviesan todas las fronteras, que no separan ni identidades, y que parece que son los que tienen el monopolio, y son además instituciones que no están legitimadas democráticamente, y por otro lado, las identidades nacionales, culturales, a las que yo de ninguna manera me opongo, porque me parece que con un individuo que no está enraizado en alguna comunidad o en su lugar de nacimiento, su identidad cultural, pues me parece que no se hace cosmopolita, se hace apátrida, entonces me parece que las identidades es también, pero claro, las identidades tienen el refugio de entretenerse, o de que se puede entretener uno con el folclore de determinadas cuestiones, mientras los poderes económicos, que son los que gobiernan, dicen, bueno, ustedes entretenganse con eso, porque mientras no nos inquiete, y claro, ahí el Estado, sobre todo si está legítimo democráticamente, parece que puede ser una alternativa importante, para, por un lado, llevar a una mayor trascendencia frente a esas comunidades que pueden llegar a ser hasta tribales, no siempre tienen por qué serlo, pero por otro lado, para poner coto a la rapacidad de las empresas y de la mundialización económica, y sin embargo parece que está un poco, obviamente en crisis.

¿Cómo ves tú estos problemas? Hombre, Tebai Espinas, hay una reconstrucción de temas que tratamos el domingo pasado, y es un poco el problema del Estado Social, en cuáles fueron los momentos de esplendor, de florecimiento, de expansión del Estado Social, en qué momento se produce la quiebra, y claro, pues efectivamente, cómo el Estado Social garantizaba unos derechos, regulaba de alguna forma el capitalismo, estaba vinculado a unos valores universalistas, a un cierto altruismo, y cuál es el nuevo tipo de sociedad, y qué papel le da al Estado. En ese sentido, pues hombre, es interesante, él sobre todo remite mucho la reflexión a lo que él llama los grandes, lo que llaman este término británico, bueno, que también lo utilizan mucho los norteamericanos, los tanques de pensamiento, todas las grandes maquinarias de pensar, de cómo, por eso vinculaban a las grandes fundaciones, a los grandes institutos gubernamentales, o de las formaciones políticas, pues llevan tiempo insistiendo en toda esta

contradicción entre globalización económica, pérdida de soberanía de los Estados, recrudecimiento, replanteamiento, florecimiento de las identidades. Se refiere sobre todo mucho a lo que llama el gran lugar de pensamiento de la London School of Economics, al hablar de cuatro grandes pensadores, de Giddens, de John Gray, de Sennett, y de David Held, que bueno, casi todos están traducidos en español, otros días quizá podamos hablar de algunos libros que acaban de salir, el de John Gray, de Falso amanecer, y uno muy interesante de Sennett, la corrosión del carácter sobre los efectos de la globalización, la mundialización económica en las identidades laborales, él los cita ahí, pero vamos, el lector español tiene sus libros ahí a mano, ¿no? Entonces, evidentemente, ahí es donde está la interrogante, ¿qué queda el Estado? Porque, de alguna forma, es en el Estado-Nación donde ha habido cierta posibilidad de llegar a mantener un cierto control democrático, una cierta legitimidad democrática.

Las instancias supranacionales hoy tienen muchísima menos capacidad de control democrático. Lo vemos, por ejemplo, en el gran debate sobre la construcción europea, si se trata simplemente de ampliar el mercado, si se trata de hacer un tipo de Europa que tenga una política exterior, una política de defensa propia, si las decisiones que se toman en Bruselas pueden ser controladas o no por el Parlamento, es decir, lo que es normal en un Parlamento, que es que el voto de investidura, el voto de presupuestos, la moción de censura, el rechazo a la gestión de un determinado gobernante, el control de esa gestión, claro, no se da hoy en Europa en la misma circunstancia. Habíamos construido una comisión que tenía un enorme poder con los comisarios, pero que no tenía ese control que tienen los ministros en un gobierno, en un Parlamento.

Y eso, pues, evidentemente está así, incluso está en la dificultad, por ejemplo, en Europa de si se amplían más miembros de cara a ese gran mercado, o de si se amplían las competencias y se intensifica el tema de la democratización. Entonces, yo creo que ahí Bayezpín plantea ese problema de lo que él llama el Estado postsoberano, es decir, que dónde ha quedado la soberanía, en qué veía la soberanía, no se pierde por abajo, esa famosa frase de Bell, de que el Estado es pequeño frente a las grandes determinaciones supranacionales, económicas, militares, pero demasiado grande frente a las comunidades locales, que reclaman su autonomía, que reclaman control de sus decisiones, en ocasiones desde recuperar tradiciones municipalistas, en otras de lo que se llama los mesogobiernos. Entonces, efectivamente, ahí es donde está un poco la perspectiva.

Quizás yo le reprocharía a Bayezpín el no haber profundizado más en un debate que está ahí, que es el siguiente. El Estado social estaba vinculado, además de unos derechos y de unos valores, a un determinado tipo de política económica, que era la política keynesiana. Entonces, aquí se plantea esta cuestión de en qué medida el keynesianismo servía para economías cerradas y no para economías abiertas.

Hay mucha gente que cree, o hay algunos que creen, que efectivamente está mucho más vinculado a economías cerradas, y que, por tanto, la mundialización quita las posibilidades de hacer políticas keynesianas. Pero hay otros, por el contrario, que piensan que puede haber un

keynesianismo a nivel más supranacional, por ejemplo, en espacios que implicarán, por ejemplo, el espacio europeo, en hacer tipos de políticas que fueran keynesianas, por lo menos, a nivel de todo lo que es Europa. Ahí profundiza muy poco Bayespín.

O sea, Bayespín, diríamos, da, por supuesto, este diagnóstico de que ya no es posible lo que él llega a llamar la gestión keynesiana en un solo país. Recuerda un poco la experiencia que tuvieron los socialistas franceses y, a partir de ahí, no se entra en un debate que yo creo que hubiera enriquecido más, quizá con las aportaciones de algunos como Vicente Navarro, como Juan Torres, con economistas como Martín Seco, que han entrado un poco en ese debate de qué queda del keynesianismo. Bueno, y efectivamente, pues, ¿qué significa gobernar? Yo, que obviamente en el libro está, yo no lo he leído el libro, por eso lo estoy comentando contigo, que eres el que lo ha trabajado, pero esos problemas de la soberanía, aunque estemos en una situación en el Estado possoberano, son importantes porque, claro, lo mismo que pasa en la situación económica, pasa con la red, con la famosa Internet, en donde mucha gente está muy encantada porque, bueno, pues cada uno puede ir diciendo lo que quiere, no está controlada por el Estado, pero claro, eso tiene el enorme problema de que los buscadores, los servidores, las empresas que controlan todo eso, el control que ejercen sobre los individuos, que encima piensan que son libres, y hay un espacio, indudablemente, ahí de libertad, es tremendo, igual que luego, pues, las redes que pueden difundir anuncios de mafia, de terrorismo, de pornografía, y claro, como ese es un sistema que, por otro lado, no está legitimado democráticamente, las empresas que llevan toda esta situación, a mí me parece que presenta un aspecto ambivalente, por un lado, de enorme libertad, por otro lado, presenta unos enormes peligros, y yo creo que ahí el Estado, que es la institución que está legitimada democráticamente, debería proponerse unas determinadas metas, aunque efectivamente, pues el Estado Nacional, como lo hemos entendido, bueno, como se fraguó a comienzos de la moderna, y cristaliza en el 19, pues parece que va en trance de desaparecer.

Hombre, Cervela y plantea lo de la crisis de la gobernabilidad, que como se sabe, fue una tesis que la Comisión Trilateral, en el año 75, empezó a plantear, igual que en aquella época otros hablaban más bien, por el contrario, de crisis de legitimidad, Habermas y otros, que era un poco la perspectiva de que ante la inflación de demandas, la inflación de expectativas, la situación se iba a hacer ingobernable, porque los Estados no iban a poder seguir manteniendo la presión fiscal, y a la vez no iban a poder atender las demandas de la ciudadanía. Claro, ahora la cosa se complica todavía mucho más, porque tú eres soberano a la hora de elegir a tus representantes, pero qué capacidad tienen tus representantes para controlar los grandes flujos económicos, por ejemplo, por decir una cosa reciente, acabamos de ver que hay unos grandes bancos alemanes que han hecho una fusión, entonces en la misma noticia de la fusión te dicen que de los trabajadores de los dos grandes bancos hay 16.000 que ya sobran. Entonces, claro, es evidente que cualquier representante político que tenga que pedir el voto en esas ciudades sabe que esa gente va a demandar lo que para ellos era una cosa de seguridad en el empleo, y que se ha convertido en el final de su etapa laboral para algunos una enorme incertidumbre para otros.

Y eso vemos que los gobernantes por mucho que apoyen el mercado libre, ya lo hemos visto con el canciller Reeder, cómo tuvo que fajarse para resolver los problemas de las empresas automovilísticas frente a otras perspectivas que había. Entonces, eso va a ser una tensión, porque entre lo que el ciudadano demanda, cuando vea que derechos que tiene de pronto desaparecen y se esfuman en un día, seguridades que creía que tenía para siempre han desaparecido, porque claro, se está planteando continuamente dos elementos. Se está diciendo a la gente que el trabajo ya no es algo en lo que uno pueda pensar para toda la vida.

Es una frase, por ejemplo, que está en el manifiesto de Blair y de Schroeder. Y hay que dejar de pensar que el trabajo es un derecho o es un bien o es una identidad que tendremos para toda la vida. Es decir, yo creo que quieren venir a decir la seguridad en un empleo estable y en el mismo empleo para toda la existencia.

Bueno, estos los que somos funcionarios estamos un poco acostumbrados a esa idea. Mientras... Pero bueno, esa es un poco la idea que ha funcionado, pero claro, frente a eso lo que hay es la pérdida de esas identidades laborales por abajo y el gran enriquecimiento por arriba de las grandes fusiones de las grandes empresas, que los beneficios, y que además tienen el problema incluso de que la deslocalización hace que es mucho más difícil controlar fiscalmente esos beneficios, porque ya trascienden las propias fronteras. Entonces yo creo que efectivamente ahí pues se plantea no la pregunta del año 75, que era la crisis de la gobernabilidad, sino esta pregunta que ahora se hace en muchos y está en muchos documentos de reflexión colectivos si se puede gobernar la globalización.

O se pone contrario, la globalización va arrumbando lo que había significado los derechos y la forma de regular del Estado Social y del Estado Nación, y no acabamos de encontrar otro camino donde podamos controlar democráticamente la nueva situación, no que no podamos ser gobernados por la nueva situación, pero no sería un gobierno democrático, sería otra cosa. Pues yo creo que eso es para la izquierda, bueno para todos los intelectuales y filósofos políticos, pero pienso que para la izquierda en particular pues son las tareas a pensar más importantes, porque efectivamente si no lo que se imponen son los intereses económicos y desde luego en nuestro fin de siglo pues hemos visto como en 25 años todas las esperanzas, todas las utopías, todas las luchas por las que la izquierda en muy diversos sentidos, no necesariamente tenía que ascribirse a la situación o a los papeles que jugaba la Unión Soviética, aunque siempre era una referencia que estaba más o menos implícita, pero todos esos deseos de transformación, del hombre nuevo, de una sociedad, se han esfumado y lo que parece que estamos pues es en el triunfo muy incontestable del pragmatismo. El último capítulo es el pragmatismo y la utopía, en el tercer capítulo sobre el futuro de la democracia, donde él ahí plantea pues un poco esta cuestión, que dices tú, qué significa un poco este mundo donde se evaporan los grandes relatos, las grandes utopías, qué queda del proyecto ilustrado, qué queda de ese tipo de planteamiento de las ideologías en una ciudadanía que está autosatisfecha, si son los valores instrumentales, economicistas, materialistas, en este sentido, los que priman o hay unos valores postmaterialistas, más universalistas, más cosmopolitas, los que podrían crear las nuevas identidades, qué papel puede jugar ahí la razón como mecanismo

de reflexión, identidades que fueran reflexivas.

Entonces, efectivamente, ahí se plantea, tanto desde la perspectiva de cómo orientar las plataformas políticas específicas, y ahí está el problema de cómo se construyen las mayorías sociales, las mayorías políticas, las mayorías electorales, pero también de cómo se articulan colectivamente los sujetos y qué lugar tienen ahí las ideologías. Quizás el libro de Weisspin, igual que se le podía hacer ese reproche al problema de que no tira suficientemente del problema del keynesianismo, yo no acabo de ver que tire suficientemente, aunque claro, tampoco en un libro se puede decir todo, de lo que es el debate que está hoy dentro de la propia izquierda europea, que quizás, por supuesto, asume sin más el diagnóstico de Giddens, pero bueno, evidentemente hay otros diagnósticos, sobre todo desde la perspectiva de Bourdieu y de otros en la izquierda francesa, que lo han planteado desde otra perspectiva, cómo hacer frente al neoliberalismo. Pero vamos, no cabe duda que como esfuerzo intelectual de intentar poner encima de la mesa los grandes temas que están hoy en la reflexión política, la mundialización, el lugar del Estado, el papel de las ideologías, el problema de la democracia, pues yo sí creo que este libro de nuestro colega teórico-político, que yo, como ya dije en el programa anterior, no acabo de ver que debamos hacer una, digamos, distinción rígida entre la filosofía política y la teoría política, sino que yo creo que hay que intentar combinar las dos perspectivas, pues yo creo que puede ser interés, tanto para los que nos escuchan en el foro político y sociológico de esta universidad, como para los que nos escuchan en nuestro propio programa de revista de filosofía.

Pues yo te agradezco tu inteligente, y no es una mera alabanza de compañero, sino que me parece efectivamente tu inteligente comentario del libro de Fernando Valdés-Pinck, que tú me lo has comentado y que aprovechando lo que hemos dicho en este programa, yo leeré como me imagino que le va a suceder a muchos de nuestros oyentes, a todos los cuales les damos las gracias por habernos acompañado en este nuevo programa de revista de filosofía, y el próximo domingo pues estaremos de nuevo con ustedes. Muchas gracias y buenas tardes, y gracias a ti, Antonio. Muy bien, muchas gracias.

Se nos acaba el tiempo. Revista de filosofía se ha ocupado hoy del libro de Fernando Valdés-Pinck, el futuro de la política, aparecido en la editorial Taurus. Antonio García Santes Mases, Carlos Gómez, gracias a los dos por todos estos comentarios.

El domingo volvemos con más cuestiones. Buena semana.